

Radios populares: aportes para pensar la comunicación

María Cristina Mata
maritamata@gmail.com

Profesora consulta de la Universidad Nacional de Córdoba. Dirige la Especialización en Gestión y Producción de Medios Audiovisuales (CEA - Fac. Sociales) Dirigió la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea y el Programa Comunicación y Ciudadanía de ese Centro y la Escuela de Ciencias de la Información.



Resumen

El artículo propone un recorrido por el desarrollo de los radios populares latinoamericanos destacando las tensiones características de ese tipo de medios, las constantes que les dotan de identidad y los desafíos que enfrentan actualmente, en el marco de sociedades mediatizadas, para contribuir a la democratización de la comunicación; es decir, a la vigencia de los derechos a la comunicación. Considerando los radios un caso paradigmático de las prácticas populares de comunicación, el artículo busca formular algunas proposiciones acerca del modo en que ellas pueden ingresar productivamente en el terreno académico, como parte de las actividades de enseñanza, investigación y extensión que se desarrollan en las carreras de comunicación de las universidades argentinas.

172

Palabras claves: comunicación popular - radios populares - prácticas académicas

Abstract

The article take us on a journey around the development of grassroots radios in latinamerica highlighting the typical tensions that exists in this kind of media, the constant characteristics that gives them their identity and the challenges they face, within the context of mediatized society, to contribute towards the democratization of communication; in other words, towards the applicability of communication rights. Considering radios as a paradigmatic case of the popular practices of communication, the article aims to contribute a number of propositions about how these practices can be productively incorporated in the academic field, as part of lecturing resources, research and fieldwork that take place in the communication degrees in Argentine universities.

Keywords: popular communication - popular radios - academic practices

En una conferencia que pronuncié en 2012 en el marco del X ENACOM (Posadas), compartí algunas reflexiones acerca del lugar ocupado dentro de nuestro campo académico por la comunicación popular/alternativa (Mata, 2012); cuestión que recuperé parcialmente años más tarde, convocada por CHASQUI, la revista de comunicación de Ciespal, para pensar acerca de nuestras carreras y planes de estudio. Decía yo entonces que las prácticas de comunicación popular eran “muchas veces invocadas y reconocidas desde el compromiso social y político que anima a carreras, docentes y estudiantes de nuestras universidades, pero más veces aún depositadas en los márgenes del saber, sin capacidad de incidir epistemológica y pedagógicamente en nuestros quehaceres” (Mata, 2015:19).

Releyendo ambos textos encuentro que aquella situación de marginalidad se ha modificado en parte. Las iniciativas que por entonces yo citaba como embriones, como ejemplo de la voluntad y tenacidad de algunos actores universitarios para enlazar la academia con el mundo de las prácticas comunicativas desarrolladas por organizaciones sociales e instituciones empeñadas en dotar de canales y espacios de interlocución a sectores marginados del discurso público, se han incrementado notablemente. La multiplicación de estudios que dan cuenta de esas prácticas es significativa: proyectos colectivos de investigación y extensión, tesis de grado y posgrado, sistematizan y analizan esas experiencias, sus modalidades comunicativas y su incidencia y van aún más allá; en algunos casos se avanza en la reflexión teórica acerca de las nociones que sustentan esas experiencias ampliando de tal modo sus posibilidades de comprensión y discusión. Por otro lado se desarrollan proyectos de indagación de carácter interuniversitario o en conjunto con los propios medios alternativos; estudios que permiten a emisoras o canales de televisión populares reconocer sus audiencias, evaluar su funcionamiento, fundamentar nuevos proyectos. Y además han comenzado a implementarse algunas carreras universitarias destinadas específicamente a la formación

de comunicadores populares, comunitarios o populares¹. En ese marco de relativo avance de las articulaciones académicas con prácticas populares de comunicación, los radios –cooperativas, alternativas, comunitarias–, adquieren un protagonismo central; un dato que se refuerza al registrar la labor desarrollada por cátedras de comunicación radiofónica de distintas licenciaturas que han hecho de ese tipo de experiencias una de sus áreas o ejes de enseñanza-aprendizaje o la que despliegan diversas cátedras de comunicación alternativa².

Las razones para esa centralidad son diversas y sin una verdadera casuística sería imposible hacer generalizaciones sustentables. Tiendo a pensar que ella no es independiente de las trayectorias personales de docentes e investigadores que en el curso de su formación académica fueron definiéndose como comunicadores populares y construyeron esa identidad desde experiencias radiofónicas. Pero más allá del dato biográfico –siempre relevante en la tarea educativa–, es el propio objeto, son las propias experiencias las que han construido esa relevancia.

Para cualquiera que se haya asomado aunque sea someramente a la historia de las prácticas de comunicación popular/alternativa en América Latina, no es novedosa la fuerte imbricación de la radio en ellas como tecnología y lenguaje. Pero además, para cualquiera que haya indagado en

¹ Sin ánimo de ser exhaustiva y sólo a manera de ejemplo, pueden citarse las tesis de maestría y doctorales de Magdalena Doyle, Diego Jaime, Larisa Kejval, Liliana Lizondo y Natalia Vinelli; los proyectos de investigación realizados desde la Universidad Nacional de Quilmes y la Universidad Nacional de Córdoba y por la RICCAP (Red Interuniversitaria de Comunicación Comunitaria, Popular y Alternativa) cuyos datos incluyo como parte de las referencias bibliográficas de este artículo. En cuanto a carreras, los proyectos inspirados fundamentalmente por Claudia Villamayor, tales como las tecnicaturas en Gestión de Medios Comunitarios (Universidad Nacional de Quilmes) y en Comunicación Popular (Universidad Nacional de La Plata) o la Especialización en Gestión y Producción de Medios Audiovisuales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, con una definida orientación hacia la comunicación sin fines de lucro.

² Un caso relevante, en ese sentido, es el de las cátedras de Comunicación Radiofónica y Comunicación Alternativa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. Ver Gardella (comp.) 2018.

ese campo o que desarrolle actividades en él, es evidente el nivel de institucionalidad y potencialidad político-cultural alcanzado por emisoras populares y comunitarias a lo largo y ancho del continente, sin perjuicio de las innumerables prácticas de comunicación oral-grupal, teatrales, gráficas e incluso audiovisuales que han existido y existen. Ello también puede explicarse por diversas razones. Mi larga experiencia de trabajo en vinculación con los movimientos y asociaciones que nuclean a esas emisoras me inclina a pensar que su vigencia e incidencia tiene que ver, como hace años permitiera comprender una de las más enriquecedoras investigaciones latinoamericanas sobre el tema (Geerts y Van Oeyen, 2001), con la naturaleza y las condiciones de producción de este medio. Y cuando aludo a naturaleza y condiciones de producción me refiero a una tecnología relativamente sencilla y poco costosa y al insumo básico de la oralidad y la interacción. A pesar de las cambiantes circunstancias históricas que esos medios han experimentado desde fines de la década del 40 del siglo pasado, a pesar de las crisis de modelos y referencias político-ideológicas y culturales que atravesaron, las radios populares supieron-pudieron reinventarse, transformarse, porque de algún modo lo que se fue recreando en ellas fue la vocación de la palabra popular, su empeño y tozudez por hacerse oír. Y en ese empeño hasta la academia tuvo que escucharlas. Porque supieron protagonizar acontecimientos comunicativos tan significativos como lo fueron en 1980 las cadenas mineras en la Bolivia asediada por golpes de estado (Kúncar y Lozada, 1984) o los debates por una nueva ley de radiodifusión en nuestro país desde aquellos claves 21 puntos lanzados por la Coalición por una Radiodifusión Democrática en 2004; coalición que si bien nucleó a diversos movimientos, organismos e instituciones, tuvo el muy fuerte liderazgo de las radios comunitarias (Córdoba, 2011).

En la conferencia y artículo a los que me referí inicialmente, planteaba que incluso en los casos que eran asumidas académicamente, las prácticas de comunicación popular solían resultar desaprovechadas al equipararse a un tipo específico de quehacer o a una modalidad técnica –como pueden serlo la comunicación visual o la comunicación institucional, por ejemplo-,

sin leer en ellas lo que contienen como matriz para pensar la comunicación en tanto dimensión constitutiva de la cultura y las interacciones sociales (Mata, 2015) Entre otros aspectos sostenía que habíamos desaprovechado la idea de la dialoguicidad presente en tales prácticas como núcleo duro de la comunicación. “Una dialoguicidad sinónimo de interacción que asume la alteridad, las diferencias y distancias como materia prima y condición necesaria de los intercambios y que pone en cuestión varios supuestos e ideas naturalizadas en muchas perspectivas teóricas y académicas: por ejemplo la necesidad de ciertas competencias profesionales como condiciones para ejercer el discurso público mediático” (Idem: 21). Planteaba también que no habíamos sido capaces de encontrar en esas prácticas argumentos para impugnar “ciertas nociones establecidas desde el sistema de producción de medios masivos de comunicación que se han convertido, a través de imperceptibles pero potentes operaciones conceptuales, en nociones indiscutidas para pensar esos medios”, como por ejemplo, el concepto de agenda informativa (Idem)

Además de esos planteos, que buscaban mostrar de qué modo la densidad de la comunicación popular no llegaba a penetrar los marcos conceptuales con que operamos en nuestras carreras, y para reforzar el argumento, aludía a la ausencia de la temática de la comunicación alternativa en los cursos o textos que abordan la problemática cultura masiva/ cultura popular y, al revés, a la ausencia de la cuestión de la masividad como matriz que ha asimilado lo popular en los cursos sobre comunicación alternativa o comunitaria. Algo similar a lo que ocurría al analizar, decía yo, “los textos, cursos e investigaciones sobre comunicación y política. De un lado los análisis de producción de discursos partidarios y sectoriales, las consideraciones acerca del espacio público mediatizado y del papel del estado en la construcción de la hegemonía. De otro, cuando se abordan, las prácticas de comunicación popular/alternativa como expresión e instrumento de movimientos sociales sin más conexión con esos anteriores temas que la coexistencia en una misma coyuntura” (Idem: 24). En suma, aludía a la segmentación del saber producto de considerar las prácticas de comunicación popular –aún reivindicándolas-, como prácticas otras. Una

consideración que impide decía entonces que “la comunicación popular/alternativa pueda alcanzar, en nuestro campo académico, el estatuto de lugar legitimado para reflexionar acerca de lo popular como categoría cultural y como horizonte político y para pensar la comunicación como dimensión estratégica y estructurante de nuestras sociedades contemporáneas” (Idem).

Lo que escribo hoy, para esta revista dedicada a conmemorar los 100 años de radiodifusión en Argentina, persigue una doble finalidad que ojalá alcance: por un lado, compartir las marcas fuertes de la vida de las radios populares latinoamericanas cuya persistencia –como señalé más arriba- es tal vez una de las razones por las cuales ellas son hoy un objeto privilegiado dentro de las articulaciones que se tienden entre nuestras carreras y las prácticas alternativas de comunicación. Por otro, aprovechar lo que esas experiencias enseñan, plantean y ponen en discusión, para pensar desde ellas la comunicación como derecho, es decir, la democratización de la comunicación, otorgándoles la potencia conceptual de la que a menudo se las despoja.

Un territorio heterogéneo

Contra miradas generalizantes y modelos y definiciones acabadas que suelen circular en abundancia, suelo insistir en que hablar de radio popular equivale a ingresar a un territorio de materialidades heterogéneas y cambiantes que convivieron desde los orígenes de esta modalidad comunicativa y conviven aún hoy constituyendo variaciones no necesariamente congruentes de una expresividad colectiva: la de quienes se atreven a romper lógicas mercantiles y jurídicas para enriquecer el discurso social con la emergencia de lo acallado, lo sometido, lo minusvalorado, lo reprimido.

Y para recorrer ese territorio comienzo rememorando el pasado.

Releo textos inéditos de hace tiempo; apuntes que registraba mientras acompañaba a muchas de esas emisoras en procesos de investigación y

formación. Escenas de finales de la década del 80, cuando ya hacía casi 40 años que las experiencias de radios populares se desarrollaban en el continente y existía incluso un consolidado movimiento que las aglutinaba en instancias nacionales y organizaciones regionales como ALER (Asociación latinoamericana de educación radiofónica) y Amarc-AL (Asociación mundial de radios comunitarias, sección América Latina). En esos textos encuentro escenas como las siguientes.

En la sierra norte del Perú, entre los cerros, estancias y caseríos de Cajamarca, los campesinos que ingresaron a la historia de los movimientos populares por las rondas que organizaban para protegerse de los ataques de los abigeos, fabrican pequeñas emisoras desarmando receptores de radio en desuso y viejos transmisores. Sus ondas no alcanzan a cubrir diez kilómetros a la redonda e incluso menos, cuando los cerros o árboles las detienen. Durante muy pocas horas al día suena la música andina, la chicha y la música ecuatoriana y se envían avisos y mensajes para que las personas de la zona puedan saber unos de otros, de lo que les ocurre; algo que la principal cadena radiofónica del país –la única a la que acceden-, ignora por completo. Esas radios, escuchadas y apreciadas por los campesinos cajamarquinos, funcionan al margen de toda disposición oficial. Son el Perú informal que también asoma en el terreno de la comunicación y en Lima se muestra a través de los parlantes instalados en las barriadas y mercados populares donde se escuchan las voces de dirigentes y vecinos informándose, autoconvocándose e, inclusive, actuando sus dramas cotidianos.

En São Miguel, una zona de la periferia de São Paulo (Brasil) donde se carece de casi todo, básicamente habitada por migrantes nordestinos, Rádio do Povo aglutina alrededor de cuarenta radios populares. Los pobladores llaman de ese modo a una columna con cuatro bocinas instalada en el local de la parroquia o el centro comunal de diferentes sectores de la zona. Los vecinos hablan y se escuchan en esas peculiares emisoras impulsadas por la Pastoral de Comunicación de la Iglesia Católica de São Paulo. Cada una de las radios opera según las características del barrio y las posibilidades de quienes integran los equipos de producción.

Sin embargo, comparten el modo de entender la comunicación, ciertos objetivos básicos y hasta intercambian programas, experiencias y se capacitan en conjunto. Cada radio parlante sólo cubre un reducido espacio local pero entre todas alcanzan a cubrir la región e incluso se mueven: seis carretillas con sus correspondientes parlantes acompañan las movilizaciones y protestas de los pobladores para potenciar su voz.

Muy lejos de São Paulo, en los andes venezolanos, no hay parlantes ni agricultores que desarmen viejos receptores para transmitir. Sin embargo, las voces de los campesinos del sur del Estado de Mérida se escuchan a través de Radio Occidente, una emisora de 10 kw de potencia propiedad de la arquidiócesis de la zona, instalada en Tovar, un pueblo rural. Algo similar ocurre en la Amazonía peruana a través de La Voz de la Selva; en el sur de la República Dominicana, donde transmite Radio Enriquillo; en lo más austral de Chile gracias a Estrella del Mar y La Voz de la Costa. La lista podría engrosarse con una treintena más de emisoras católicas que en esos países y en otros como Ecuador, Bolivia, México, Guatemala, Honduras, se ubican preferentemente en zonas rurales y trabajan con los sectores populares motivando su expresión a través del medio. Por lo general, son emisoras con una larga historia, con instalaciones y equipamientos relativamente buenos, con apoyos financieros. Son instituciones reconocidas legalmente aunque esa condición no les resguarda de ser blanco de ataques más o menos violentos a raíz de sus posicionamientos y acciones sociales y políticas.

Muy diferente, en cambio, es la institucionalidad de las radios mineras bolivianas, propiedad de los sindicatos nucleados en la Federación Sindical de Trabajadores Mineros, sostenidas con el aporte económico de los obreros y que responden a las conducciones de cada sindicato. Se trata de emisoras que fueron vitales para la organización y movilización gremial y política del sector y por eso reprimidas cada vez que la violencia militar se ensañó contra el pueblo boliviano. También es diferente la institucionalidad de las radios guerrilleras que operaron clandestinamente en El Salvador acompañando como órganos de difusión y propaganda los frentes político-militares que actuaron hasta 1992. Y también se diferencian las emisoras

comunitarias que emergieron en nuestro país a partir de 1983 como parte de múltiples intentos por democratizar la sociedad tras los brutales años de la dictadura cívico-militar. Pequeñas emisoras de frecuencia modulada que no aceptaron los calificativos de piratas o clandestinas que pretendieron imponerles los empresarios de la radiodifusión y los organismos gubernamentales porque no robaban nada, sino que ejercían un derecho negado por el régimen jurídico de entonces; y porque no se ocultaban sino que abrían sus puertas a la comunidad –el barrio, el pequeño poblado- en la que funcionaban. Emisoras que prefirieron asumirse como radios no autorizadas, creadas y gestionadas por instituciones eclesiales o educativas, por grupos vecinales y juveniles, inaugurando un camino que valoriza lo particular y lo propio, lo local, como vía para confrontar la concentración de medios de comunicación en manos de unos pocos y hacer posible el ejercicio del derecho a la comunicación para todos.

Muchas de aquellas escenas han mutado. Para dar cuenta de algunos cambios, baste señalar que de las más de veinte emisoras mineras que existían a fines de los años 80 en Bolivia, hoy sólo sobreviven tres debido a diferentes procesos económicos y políticos vividos en ese país. De las radios guerrilleras salvadoreñas no queda sino una marca histórica y en cierta medida heroica. Algo similar ocurre con aquellas tecnologías primitivas y caseras a las que el ingenio popular recurría para satisfacer necesidades de comunicación. Desde hace tiempo el mercado pone a disposición de vastos sectores múltiples recursos –dispositivos, programas-, que facilitan la producción, la recepción, el intercambio continuo de mensajes. Mientras tanto, hay nuevas fortalezas y debilidades. Varias de aquellas incipientes radios comunitarias argentinas se consolidaron al punto de cumplir en 2009 un papel clave, a través de FARCO, una de las organizaciones nacionales que las agrupan, en el diseño, debate y aprobación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual que representó un hito en la lucha por la democratización del espectro audiovisual nacional y una referencia a nivel continental. De manera inversa, muchas de aquellas potentes y me atrevo a denominar vanguardistas radios populares de origen y gestión católica, son hoy instituciones que sobreviven rutinariamente y apenas se

asemejan a esos espacios de producción de una palabra colectiva alternativa que constituyeron hasta la década del 90.

Sin analizar las causas de esas altas y bajas de actores en la radiodifusión popular latinoamericana, lo que busco al contrastar viejas escenas con cierta actualidad tiene el propósito de recusar las visiones generalizantes. Mostrar que el surgimiento y desarrollo de cada emisora denominada popular (o alternativa o comunitaria) independientemente de su inspiración en experiencias y modelos preexistentes, da cuenta de los modos de habitar un determinado territorio por ciertas poblaciones: las condiciones materiales y las dimensiones simbólicas en que se vive; los modos de ser, estar e interactuar en un espacio y un tiempo dados.

Una constante: la cuestión del poder

Dentro de esa cambiante historia de las radios populares latinoamericanas, lo que permite engarzar diferencias y distancias es su determinación de buscar otros modos de hablar porque se buscan otros modos de ser. Pero afirmar que las radios populares representan la búsqueda y construcción de palabras diferenciadas, nuevas voces o modos de decir para vivir de otro modo, implica asumir que lo que ellas han expresado siempre es una voluntad de contrariar el poder. Mejor dicho, los poderes que modelan el orden social en diversos ámbitos de la vida: el económico, el político, el jurídico, el cultural. Poderes que en el campo comunicativo se ejercen a nivel macro a través de los sistemas legales que regulan el uso de las ondas, las modalidades de propiedad de medios de comunicación, el ejercicio de las profesiones y, a nivel micro, mediante el conjunto de disposiciones que regulan la palabra en la vida cotidiana y los más diversos espacios privados y públicos.

En ese sentido, reconozco tres esferas en las que esa voluntad contra hegemónica se ha ensayado desde las radios populares con mayor o menor énfasis en diferentes coyunturas: la esfera del conocimiento, la esfera de la expresividad y la esfera de la acción colectiva. Dimensiones íntimamente

vinculadas pero que recubren diferentes aspectos de la práctica social y de la práctica de las emisoras.

El poder saber

El primer eslabón de una cadena que ata fuertemente las radios populares latinoamericanas a la cuestión del saber y específicamente del poder saber, son aquellas experiencias de los años 50 y 60 del pasado siglo, inspiradas en concepciones difusionistas y desarrollistas, que postularon el uso de la tecnología para facilitar la alfabetización y escolarización formal de poblaciones indígenas y campesinas. El cuestionamiento de la legitimidad de ese saber –asociado con el acceso a unos conocimientos mínimos para garantizar la incorporación más funcional de vastos sectores a los mercados productivos –, fue, entre otras razones, lo que llevó a que muchas de esas radios hicieran suyos, desde mediados de los 70 y durante los años 80, los objetivos y estrategias de la educación popular. Un tipo de prácticas que más allá de sus múltiples variantes, tienden a “colaborar con los sectores populares y a partir de sus propias prácticas sociales [...] en la apropiación y profundización del saber, en la experiencia histórica de protagonismo (hacer), para que puedan tener aquello que necesitan para su existencia y de lo cual son permanentemente despojados, para formar nuevas alternativas y modos de poseer, para ganar un espacio de participación en el poder” (Vigil, 1989:131).

Así, a partir del contacto con las poblaciones campesinas e indígenas empobrecidas y marginadas, los integrantes de aquellas radios educativas comenzaron a impugnar las concepciones según las cuales “el subdesarrollo está en la mente del hombre” (Vaca Gutiérrez, 2017), reconociendo un panorama más complejo. Las penurias económicas que afrontaban aquellos a quienes buscaban educar no eran consecuencia de su ignorancia o cuestiones atávicas. Eran fruto de un proceso de sometimiento ejercido por actores nacionales e internacionales que se habían apropiado de su tierra y de su fuerza de trabajo. Pero además, esos sectores dominantes poseían unos conocimientos instituidos como

verdaderos –científicamente válidos y socialmente útiles- e invalidaban los modos populares de comprender la realidad que se asociaban con el atraso, la superstición, la inmediatez, la imposibilidad de universalizarse y que, sin embargo, eran expresión de culturas milenarias o de la experiencia cotidiana por sobrevivir que campesinos y obreros desarrollaban. Reconociendo estos saberes las radios educativas devinieron radios populares instalándose como espacios para un saber otro que adquirió variadísimas formas. La recuperación de la historia de comunidades y pueblos, la conversión de experiencias de trabajo y organización en enseñanza a través de su difusión y debate, la recuperación de formas expresivas autóctonas y subvaloradas, se dieron la mano con la divulgación de conocimientos técnicos y científicos adecuados para los desarrollos productivos locales y para atender los problemas prácticos de una vida cotidiana carente de recursos suficientes. Por eso, si bien las radios populares pocas veces confrontaron abiertamente los sistemas y las políticas educativas oficiales, se convirtieron en lugares de aprendizaje, de producción de un saber cercano y colectivo reivindicado como propio por diversas comunidades.

184

Fue desde ese mismo reconocimiento que las radios populares se afirmaron como medios informativos y en este caso sí en abierta confrontación con el poder comunicativo, es decir, con los medios masivos hegemónicos, instituidos como proveedores legítimos del saber sobre la actualidad, una categoría cuya condición de artefacto construido por ellos mismos ocultaban. En ese terreno las radios populares fundaron en buena medida su alternatividad. Esas emisoras disputaron con sus corresponsales populares los criterios liberales de la profesión periodística; convulsionaron el concepto de noticia regulado mercantilmente; ampliaron las clásicas fuentes jerarquizando la información provista por actores populares; innovaron los formatos y mezclaron géneros anticipándose en mucho a la hibridación que décadas más tarde caracterizaría la comunicación masiva. E hicieron eso revirtiendo los dispositivos de ocultamiento del poder; es decir, cuestionando la noción de objetividad y asumiendo públicamente el carácter deliberado de las agendas que construían.

Por eso, la afirmación de esas radios como medios informativos populares y alternativos significó al mismo tiempo la impugnación del poder expresado en los medios hegemónicos y permitió a muchos reconocer los derechos a la información y la libre expresión formalmente consagrados en algunos textos constitucionales de nuestros países pero siempre denegados en la práctica para las grandes mayorías.

El poder hablar

Una anécdota es capaz de condensar con precisión una idea. Recuerdo la IX Asamblea de ALER, realizada en 1994 en Ecuador. Radio Latacunga y ERPE –dos emisoras de la zona serrana-, habían sido censuradas por el gobierno acusadas de “haber sublevado” a los indígenas que desde su movimiento nacional luchaban contra la sanción de una ley de tierras que amenazaba destruir su cultura y sus posibilidades de vida. En una carta dirigida al entonces presidente de la República, las radios presentes en aquella Asamblea manifestaban que “ambas emisoras lo único que hicieron fue permitir que los sectores indígenas se expresen con su voz e informar acerca de los acontecimientos que se dieron en el país...”

Agitadoras y subversivas. Así fueron llamadas las radios populares en casi todos los países del continente por los gobiernos dictatoriales –pero también por otros elegidos mediante procedimientos democráticos- para justificar medidas represivas contra ellas y sus integrantes. Ciertamente, la irrupción de las voces acalladas históricamente en el espacio público subvierte el orden establecido; conmueve la seguridad de quienes sólo reconocen su propia voz como dotada de la legitimidad necesaria para ser escuchada por todos. No es casual que a lo largo del tiempo y en espacios absolutamente disímiles, uno de los aspectos que las personas valoran en las radios populares es poder hablar en ellas “como lo que se es”: como indígena, como joven, como mujer, como niño, como campesino, es decir, como individuos desvalorizados o acallados por quienes controlan la palabra pública (Mata, 2011).

En términos históricos, algunas emisoras se asumieron como la voz de los sin voz en clara vinculación con postulados de las corrientes teológicas de liberación. Esa condición remitía a alienación, a imposibilidad de reconocer el extrañamiento que el sistema de explotación capitalista producía respecto del fruto del trabajo y respecto de los valores, ideas y tradiciones de los grupos excluidos del poder: etnias, comunidades agrarias, comunidades obreras urbanas. No tener voz equivalía a haber perdido la conciencia de sí; por ende la palabra propia debía recuperarse para posibilitar la liberación de toda opresión. En otras experiencias, la idea de unas mayorías sin voz a las cuales debía dársele fue discutida y revisada: fueron las que propugnaron dejar oír la voz del pueblo o abrir los micrófonos para que ella se escuchara. Más allá de esa diferencia no menor que suscitó enriquecedores debates, escuchando y dejando hablar las radios populares crearon una polifonía desconocida hasta entonces porque se desplegaron en ellas las voces negadas por los medios masivos y por quienes en diferentes ámbitos establecen las reglas del juego del decir: los que habilitan temas, lenguajes y modalidades expresivas en la casa, la escuela, las organizaciones sociales, los partidos políticos, las iglesias; porque en múltiples espacios se ejerce el dominio y se busca someter a los más débiles, los diferentes, a quienes confrontan el orden estatuido por juzgarlo injusto o insatisfactorio para sus necesidades, intereses y deseos.

Claro que existieron emisoras que ejercieron celosamente su papel de porteros de la palabra popular reproduciendo los dispositivos de control y vigilancia que programáticamente denunciaban. Pero fueron más las que habilitaron las nuevas voces y así, los habitantes de campos y barrios supieron que pronunciar la palabra acallada era hacerla reconocible por los iguales y puente para la interacción, la construcción de acuerdos y proyectos comunes. Pero que también era hacerla audible para otros diferentes, a quienes se interpelaba solicitando atención, solidaridad, apoyo para las propias causas al considerar que ellas trascendían lo particular. Y audible para aquellos con quienes se confrontaba y se disputaba el poder y ante quienes esa palabra se esgrimía como símbolo de

resistencia y de lucha. Como territorio de construcción del antagonismo y señal inequívoca de voluntad de poder alternativo.

El poder ser y actuar colectivamente

El poder saber y hablar de acuerdo a ciertos valores, principios e intereses, representó conquistar la dignidad para muchas personas y comprender que es posible pensar y buscar nuevos modos de ser unos con otros. En ese sentido escucharse fue, para los sectores populares, tan importante como hablar. Decir fue decirse. Esa fue la potencia colectivizante de las emisoras populares que operan como espacios de mediación e interrelacionamiento; de encuentro y diálogo; como instrumentos claves para la visibilización de movimientos y formas de lucha.

Así, desde sus orígenes educativos las emisoras populares reasumieron su especificidad comunicativa en tanto fueron diseñando su papel de mediadoras entre los sectores populares y entre ellos y el conjunto de la sociedad. Por eso la articulación de las emisoras populares con los colectivos sociales fue crucial en sus objetivos y búsquedas. Ella no siempre se resolvió adecuadamente, pero los desencuentros también muestran que la comunicación radiofónica, lejos de ser un ejercicio mecánico, regimentado en formatos, programaciones y estilos, es construcción de una comunidad que se sostiene en los mensajes que se producen y reciben pero que se materializa en acciones conjuntas. Allí donde el pueblo demanda, la emisora magnifica su voz. Allí donde se convoca a una tarea colectiva la emisora fortalece las invitaciones. Allí donde el pueblo requiere información para realizar un proyecto la emisora busca fuentes calificadas. Pero también en sentido inverso: allí donde la emisora busca producir ficciones que atraigan la audiencia, el pueblo pone sus voces y su creatividad; allí donde la emisora requiere saber para informar, los corresponsales populares acercan los datos de comunidades particulares.

El ser y hacer con otros, en diálogo, es la matriz comunicativa que orienta a estas emisoras; las radios populares demostraron que es posible intervenir

políticamente desde el campo cultural y fueron capaces de advertir la debilidad que implica el aislamiento. Reconocieron la necesidad de fortalecerse ante las amenazas a su labor y la de competir en el mercado mediático aunque en muchos países no lograron ni leyes que las habilitaran y protegieran plenamente, ni estrategias alternativas de sustentabilidad y crecimiento. Pero aún en medio de crisis e incertidumbres, tuvieron la capacidad de organizarse y construir interacciones múltiples. Y así como propiciaron y apoyaron el actuar colectivo de los sectores populares, asumieron que ello era necesario en el propio campo. Son prácticamente las únicas experiencias comunicativas populares que han construido vínculos y tipos de institucionalidad que potencian su labor: asociaciones nacionales, regionales y continentales; programas de formación y producción conjunta, redes informativas satelitales, formas de hacer que desde la propia práctica anuncian y prefiguran modos solidarios y cooperativos de ser en la sociedad.

Audiencias/enunciadores

El carácter fuertemente educativo y la ubicación preferentemente rural de las radios populares les permitió en sus orígenes imaginar a los oyentes como un sujeto casi aislado de cualquier forma de entretenimiento masivo y mercantil, tal como por entonces los escolares se pensaban sólo dentro del territorio limitado por la escuela y la familia. Pero su pronta conversión en medios comprometidos con las necesidades y anhelos de los sectores populares y el consecuente reconocimiento de la legitimidad de formas de vivir y comunicar propias de esos sectores, produjo una tensión que atraviesa la historia de las emisoras populares de diferentes modos y con diversa intensidad y formas de resolución.

Un punto nodal de esa tensión es la colisión entre la voluntad de representación y expresión genuina de los sectores populares por parte de las emisoras y la falta de aceptación plena de la complejidad de lo popular. Otra vez, una anécdota vale más que mil palabras.

La historia de Radio Pío XII está entrecruzada con las luchas de los mineros bolivianos. Creada originalmente por una congregación religiosa para combatir el comunismo en las minas de Lllallagua, se convierte en el trabajo cotidiano y al cumplir 25 años, en 1984, encabeza la red de radios mineras que trasmite el XX Congreso Nacional Minero desde la mina Matilde. Allí es designada “amiga del Proletariado Nacional Minero” y condecorada con el “Guardatojo de plata, por los servicios desinteresados que presta [...] a la clase trabajadora del país” (López Vigil, 1984:301). En ese momento hacía dos años que la Pío -como se la conoce-, había vuelto a transmitir tras ser clausurada junto a las radios mineras luego del golpe militar encabezado en 1980 por García Meza. Entonces, como relata su por entonces director, “se impacientaron”. Sentían que debían informar y educar todo el día; que tenían que fortalecer las organizaciones; diseñar espacios para que se expresaran los sindicatos, los integrantes del movimiento campesino, los grupos que buscaban reactivar la vida política cercenada por la dictadura. En una ocasión, la cocinera de la emisora, le explicó por qué prefería escuchar otras radios:

-“Con tu perdón padre pero la Pío es aburridora. Palabras no más dicen. Música siquiera pongan, como ser wayñito.

-¡Música! Eso es lo de ustedes. Música para olvidar las penas.

-A veces hay que olvidar padre. ¿Cómo se carga la vida, si no?

-Si ponemos música a la noche más ligero van a comprar cerveza

-...Wayñito siquiera pongan para alegría. Que despuesito vendrá el ejército y habrá sobrante de lamentos. No llega Viernes Santo sin Carnaval antes. Tiempo sabe haber para todo” (Idem: 292-293).

La representación y expresión de lo popular se ceñía en la programación de la Pío -y eso ocurrió muchísimas veces en diferentes emisora y circunstancias-, a unos sectores altamente politizados y concientizados o a unas problemáticas vinculadas a la situación de dominación y las luchas para enfrentarla. Fuera o casi totalmente fuera quedaban, en programaciones y actividades-, los modos populares de divertirse, de soñar,

de creer, fuertemente atravesados desde los años 60 a nivel urbano y ya en los 80 a nivel rural, por la cultura de masas. Una cultura denostada por las prácticas populares de comunicación en general y caracterizada siguiendo lineamientos del pensamiento teórico crítico desarrollado desde la década del 60 en los espacios académicos latinoamericanos: el proceso de industrialización de la cultura y los medios gráficos, la radio y la televisión, constituían la punta de lanza del imperialismo económico; abstraían al pueblo de su problemática realidad, brindándole ficciones enajenantes y modelos de vida exógenos.

Sin entrar en las discusiones que suscitaron aquellas concepciones, debe recordarse que comenzando los años 80, gracias a diversas influencias teóricas y la labor de intelectuales que aunaron su capacidad reflexiva con su compromiso político y su inserción en realidades populares, esa cultura masiva -hecha desde el mercado y funcional al poder dominante- comenzó a ser pensada también como un espacio donde habitaba lo popular. Desandando pensamientos sustancialistas, comenzaron a formularse preguntas respecto al modo en que esas construcciones de sentido dialogaban con los modos de sentir, pensar y contar propios de los sectores populares que encontraban en ficciones e informaciones masivas alimentos deseables, lugares donde reconocerse e interactuar. En suma, comenzaron a formularse nuevas preguntas en torno a esa cultura masiva que no operaba imponiéndose sino seduciendo, como parte de un proceso de construcción de hegemonía propio de la modernidad capitalista (Martín Babero, 1987).

El debate también fue intenso en las emisoras populares. La cuestión de la masividad partía aguas y las opciones se distinguían nítidamente. O las radios -voceras de los sectores populares, intermediarias de su voz- quedaban limitadas a una suerte de medio grupal, es decir, restringían sus estrategias de interlocución a determinados colectivos y terminaban siendo “escuchadas por los convencidos” -como solía decirse-, o aspiraban a que la voz de esos sectores marginados del discurso público, pero conscientes de su situación de dominación, se expandiera alcanzando al pueblo en su conjunto, a las grandes mayorías. En otros términos, ellas limitaban su

potencialidad tecnológica en términos de alcance, instantaneidad e incidencia, o salían a disputar audiencias para un mensaje alternativo; para el mensaje de los nuevos enunciadores.

A comienzos de 1991, un documento preparatorio de la VIII Asamblea Ordinaria de ALER, planteaba: "...lo popular por radio no es sólo el sonido de la liberación, de las reivindicaciones y de la organización, sino también lo son los sonidos de las voces en la cocina y en la calle, en la cantina y en el templo: las voces que se expresan desde la cultura y desde la vida cotidiana". Y añadía: "A la vez reconocemos que nos corresponde seguir siendo 'la otra' comunicación, la que protesta, reclama y construye desde los intereses populares. Sabemos que esto no se logra con discursos teóricos, sino enganchándose a la vida de la audiencia, a sus propios espacios de comunicación y la maneras que tiene el pueblo para entender y expresar su vida" (ALER, 1991).

En la actualidad esos espacios de comunicación se han transformado radicalmente y las emisoras populares se enfrentan a nuevos diseños socioculturales que motivan crisis y redefiniciones. Los procesos de mediatización de la sociedad -la creciente articulación de las prácticas sociales con tecnologías de producción y obtención de información-, ubica a la radio en un espacio de renovados hábitos y usos culturales. La tradicional distinción entre medios informativos y recreativos estalla; se quiebran rutinas horarias y ámbitos y modalidades de consumo; se modifican las nociones de actualidad, fuentes, y aún las de noticiabilidad; se multiplican los enunciadores; se asiste a la ilusión de un enjambre democrático y dialogal de hablantes sostenidos en las redes. En nuestro continente la concentración mediática supera los estándares permitidos internacionalmente pero el recurso a figuras como los prosumidores parece suficiente para cerrar la brecha entre quienes tienen el poder de la palabra pública y quienes carecen de él. En ese marco las emisoras vuelven a preguntarse por el sentido de su práctica, conscientes de que no hay posibilidades de modificar el injusto orden económico, social y político en que se desenvuelven y desarrollan su vida los sectores populares, sin la

emergencia de unas palabras, de unas voces, capaces de interrumpir, de confrontar el discurso dominante.

Sujetos populares y ciudadanos

La colisión entre la voluntad de representación y expresión genuina de lo popular por parte de las emisoras y la falta de aceptación plena de su complejidad se evidenció también ante las transformaciones del panorama político latinoamericano. Durante la década del 60 y hasta mediados de los años 70, con diferentes modalidades e intensidades, fuerzas partidarias, sindicales, religiosas y culturales revolucionarias o liberadoras –según su autodenominación– promovieron la emergencia y desarrollo de movimientos reivindicativos y afirmativos nacionales y sectoriales. Eran éstas las prácticas que las emisoras populares buscaban fortalecer, visibilizar; a las que acompañaban y de las que se nutrían. De algún modo, el sujeto popular, el destinatario y objeto de la labor de las emisoras, era un sujeto empírico fácilmente identificable e ideológicamente reconocible.

El avance de fuerzas conservadoras marcaron un período de fuerte represión y regresión en el continente. Durante los años 70, violentos golpes militares dismantelaron las organizaciones y movimientos populares más combativos, sembrando el terror para inmovilizar a la población e impedir demandas y cuestionamientos; en la década siguiente el avance de las ideas neoliberales convirtió al mercado en árbitro de las relaciones sociales y propició reformas del Estado que le llevaron a abandonar la atención de áreas básicas de servicios. Ello colocó a los sectores populares en situaciones de simple sobrevivencia limitando sus posibilidades de desarrollo material y sus posibilidades de imaginar proyectos de futuro. Además, las transformaciones de la estructura económica implicaron la pérdida de centralidad de organizaciones sindicales que antes vertebraban el campo popular –el proletariado minero boliviano, la clase obrera industrial argentina, por ejemplo– debilitándolo al tiempo que se redefinía con la aparición de otros actores y organizaciones

portadoras de nuevas demandas y propuestas: los desempleados, los cuentapropistas, las mujeres, las clases medias empobrecidas.

Ante esa fragmentación y recomposición del campo popular y sus organizaciones, y el cuestionamiento de las certezas ideológico-políticas que les guiaban en décadas anteriores, los radios populares experimentaron una fuerte crisis que se expresó en la pérdida de horizontes y problemas de funcionamiento. La investigación sobre la vigencia e incidencia de estos radios realizada por ALER durante 1999 que ya mencioné, revela el alcance de la crisis. El estudio (Geerts y Van Oeyen, 2001) da cuenta de las marcas producidas en los radios populares por el quiebre de proyectos revolucionarios nacionales y sus referentes políticos e ideológicos, por la pérdida de esperanzas en proyectos colectivos y un notorio avance de comportamientos individualistas, por el retroceso ideológico de actores como la iglesia católica, por los procesos de concentración de medios de comunicación. Pero además muestra que se reconoce el surgimiento de numerosos movimientos articulados en torno a nuevas necesidades insatisfechas y derechos conculcados, e incluso en torno a la voluntad de repensar el orden político-cultural: el fortalecimiento de la problemática de los derechos humanos, la discusión de las perspectivas de género, identitarias y étnicas, la reconceptualización de cuestiones como la democracia y la ciudadanía.

A partir de la década del 90, las emisoras populares comenzaron no sin dificultades a buscar inserciones y organicidades, alianzas y estrategias de acercamiento en relación con esos nuevos actores comprometidos con la transformación social. De diferentes modos asumieron la necesidad de revisar concepciones en torno a las subjetividades, las dimensiones sensibles de las interacciones humanas y la articulación de lo público y lo privado. Aspectos que reconocían insuficientemente atendidos en su práctica, fundada por lo general en una representación restrictiva de los sectores populares, que acotaba sus espacios de actuación y rasgos identitarios a las relaciones laborales y las prácticas organizativas, y que entre los múltiples conflictos que afligían la vida popular había privilegiado

los derivados de la contradicción capital-trabajo por sobre los de naturaleza afectiva, familiar, generacional.

En esas revisiones jugaron un papel significativo las complejizaciones que desde la teoría social y política se realizaron en torno al sujeto de la acción colectiva, los movimientos sociales y la ciudadanía pero, al mismo tiempo, los cuestionamientos derivados de las reflexiones acerca del papel jugado hoy por el creciente desarrollo tecnológico en la organización del discurso público y las prácticas sociales y políticas.

La ciudadanía es una figura que se ha instalado con fuerza en las prácticas y debates político-culturales actuales. Jurídicamente la figura no es nueva; pero emergió a comienzos del siglo con particular significación tras décadas de políticas neoliberales que achicaron los estados nacionales reduciéndolos a su mínima expresión y tras el quiebre de sistemas de representación política y sectorial encarnados en partidos y organizaciones reivindicativas. Como bien ha señalado Evelina Dagnino para el caso de Brasil -pero resulta extensible a todo nuestro continente- la ciudadanía es una figura que “cobró prominencia en las últimas dos décadas al haberse reconocido en ella un arma crucial no sólo en la lucha contra la desigualdad y la exclusión social y económica sino también -y más importante aún- en la expansión de las concepciones dominantes de la política misma” (Dagnino, 2006:387) Es decir, en la luchas por la definición de lo que puede entenderse como “arena política: sus participantes, sus instituciones, sus procesos, sus proyectos” (Idem: 388), y que por eso mismo permite revelar la politicidad de esferas antes consideradas como apolíticas como las relaciones de género, las diferencias generacionales y culturales, el terreno de la recreación, el del consumo, entre muchas otras.

La escena de nuestros países se ha plagado de movilizaciones y prácticas articuladas en torno a la demanda por derechos. Unos derechos que no sólo se reclaman ante el Estado -anterior referente en términos positivos y negativos de la ciudadanía entendida en términos jurídicos- sino ante el conjunto de poderes locales, nacionales y globales que los coartan y niegan o que no permiten ampliar los pocos derechos que aún existen para las

mayorías desempleadas, empobrecidas, para las minorías ignoradas, maltratadas y reprimidas y para quienes por sus particulares rasgos -el sexo, la edad, el lugar marginal en que se vive- son tratados como ciudadanos de segunda clase.

Porque no es el estado el que en todos los países de nuestro continente impide a las mujeres decidir sobre su derecho a procrear o a no procrear sino que a veces el mismo estado debe enfrentar a enormes poderes como el de algunas iglesias que pretenden imponer sus dogmas y valores más allá de la comunidad de sus creyentes. Porque no es sólo el estado el que restringe las posibilidades expresivas, el derecho a comunicar de todos y cada una, sino los poderosos conglomerados de medios, en ocasiones aliados al poder representado en los estados nacionales y otras veces en lucha contra ellos.

Son esas demandas colectivas las que constituyen eso que hoy nombra la ciudadanía ya no como una categoría de individuos poseedores legalmente de ciertos derechos y obligaciones, sino como actitud y condición asociada a la reivindicación de ser y contar, de tener arte y parte en las decisiones que afectan a la vida en sus múltiples dimensiones, cuestionando visiones reduccionistas que asocian la marginación a aspectos puramente económicos y que niegan la complejidad identitaria que nos constituye como individuos y colectividades.

Al mismo tiempo, vivimos en medio de un incesante proceso de mediatización de la sociedad que impide pensar en el espacio público al margen de las tecnologías de información y los medios masivos. Crece entonces, entre quienes reclaman y formulan propuestas de cambio, la convicción de que su acción debe ingresar en esos medios para hacerse visible, adquirir genuina existencia y ganar en eficacia. Pero ese ingreso cotidiano del dolor y las aspiraciones de otros modos de vivir en los medios masivos hegemónicos, al ser formateado bajo las lógicas técnicas, ideológicas y mercantiles que los regulan tiende, como muchos analistas señalan, a hacerles perder su capacidad revulsiva y a transformar las

situaciones que se exhiben –por movilizadoras que puedan parecer-, en “aprobemáticas” (Bauman 2002:259).

La enorme capacidad de los poderes mediáticos para recuperar e incluso banalizar las voces que demandan y proponen desde situaciones de exclusión y desigualdad, pero también desde expectativas innovadoras, representa una verdadera limitación del ejercicio ciudadano. Los condicionamientos con que esas voces tienen que expresarse, las manipulaciones a que se las somete, son dispositivos claves para esa limitación. Pero también resultan limitantes la fragmentariedad con que esas voces pueden pronunciarse en los medios hegemónicos, el carácter episódico que siempre adquieren los reclamos y luchas -que en cambio son producto de una enorme acumulación de sufrimiento y esfuerzos-, y su igualación con episodios más o menos violentos, espectaculares o vulgares.

Los nuevos desafíos

Hace algunos años, convocada por AMARC-AL en su X Conferencia Mundial, me preguntaba yo cuál podría ser el aporte de esa noción de ciudadanía respecto de la manera de pensar el pueblo y los anteriores y cristalizados modos de representarlo que habían orientado en buena medida la práctica socio-cultural de las radios populares. Qué había en esa noción que pudiera enriquecer nuestra mirada para que las potencialidades de las radios populares encontrasen cauces fértiles en los tiempos actuales que son tiempos de mediatización, pero también de emergencia de múltiples y nuevos actores ciudadanos. Y me pregunto ahora qué hay en ella para ampliar nuestros modos de pensar la comunicación como práctica democrática.

Algunas respuestas que dí por entonces y doy a esas preguntas no son recetas o recomendaciones operativas sino pistas para que la articulación existente entre nuestras carreras, cátedras y proyectos con radios comunitarias/populares/alternativas sea no sólo productiva, sino fundamento de renovados modos de pensar la comunicación.

En primer lugar las radios populares tienen el desafío de reconocer que la posibilidad de que ciudadana se ejerza es múltiple, heterogénea, y que no coincide exactamente con aquellos actores clásicos a quienes se otorgaba prioritariamente la voz que otros medios acallaban porque se los consideraba actores principales de la transformación social en virtud de su ubicación en la dinámica económica y política. Esto demanda una necesaria intuición para detectar cada posible movimiento de emergencia de grupos que pugnan por cuestionar el discriminatorio orden social existente, la amplitud necesaria para dar cabida a la pluralidad de expresiones que reivindican otro orden posible y el reconocimiento de la alteridad y del derecho a la alteridad como única posibilidad de subvertir unos modos de representación pública de los sujetos fundados en criterios mercantiles de noticiabilidad. Es cierto que pueden llegar a perderse energías y esfuerzos porque seguramente existen movimientos episódicos, fugaces. Pero aquella polifonía que las radios populares supieron instaurar con la irrupción de la voz de los sectores populares en la escena pública masiva requiere expandirse y abrirse innovadoramente. De lo contrario, esa variedad que pugna por hacerse oír desde reclamos muy particulares, desde confrontaciones estéticas, desde nuevas sensibilidades, buscará otros cauces mediáticos en los cuales las lógicas mercantiles pueden llegar a acallar su posible carácter revulsivo. De lo contrario, y aún sin proponérselo, las radios populares pueden llegar a ejercer un tipo de control de la palabra similar al que sostienen rechazar.

Por otro lado, si reivindican su rol mediador y articulador, las emisoras populares enfrentan el reto de constituirse en espacios estables de encuentro. La ciudadanía emergente, por su carácter de tal, es fluctuante e inestable, no tiene muchas veces el carácter orgánico o institucional que se requiere para acumular fuerzas y por tanto poder de confrontación. Las radios populares pueden, por la experiencia desarrollada y los dispositivos tecnológicos con que cuentan, ser lugar de convocatoria, de archivo de datos, de memoria viva de las luchas, de amplificador a niveles regionales, nacionales e incluso internacionales de protestas, demandas y propuestas.

La aceptación de ese desafío impone otro. Las radios populares asumen explícitamente un nuevo papel: ser espacios de agregación. Por minúscula o irrelevante que parezca una demanda, una impugnación al poder existente o una propuesta de transformación, ella debe encontrar su lugar en ese tejido de voces que son las radios. Es decir, un lugar para dialogar con otras demandas y propuestas. Si la lógica del poder opera para asegurar el aislamiento en la individualidad y la particularidad, si en los medios masivos los casos aislados no permiten comprender las causas que los producen y mucho menos tejer correlaciones y entrever estrategias colectivas, las emisoras populares comienzan a pensarse como puentes que permiten reconocer parentescos y establecer convergencias y que, al mismo tiempo, permiten que se expresen las contradicciones y hasta los antagonismos irreductibles.

Por ello las emisoras populares están en condiciones de disputar a los medios de comunicación hegemónicos el trazado del mapa de la ciudadanía. Ese mapa no puede ser más el de unos individuos aislados que reclaman en pantallas y ondas por sus sufrimientos sino una urdimbre hecha con hilos de diferente espesor y color pero capaz de entretejerse diseñando combinaciones que alteren los lugares y jerarquías establecidas en las prioridades de gobernantes y en las agendas mediáticas. Ese nuevo mapa debe posibilitarnos comprender las regularidades y conexiones que existen entre los diferentes tipos de exclusión y la posibilidad de colectivizar las alternativas de inclusión y equidad.

En el mismo sentido, es decir, si se asume el reto de favorecer la agregación y fortalecer las luchas democráticas, tal vez como nunca las radios comunitarias deben disputar las agendas políticas y culturales que se construyen desde los medios hegemónicos, proveyendo aquello que se denomina información “socialmente necesaria” (Schiller, 1996) sin la cual es imposible cerrar la “brecha informacional” que separa a los “infopobres” de quienes acumulan conocimiento (Ford, 1999). Una brecha que no es de ningún modo un fenómeno natural sino, como todas las desigualdades materiales y culturales, producto de un complejo proceso de nominación de

lo real y de distribución de aquello que esa nominación propone como bien valioso.

La manifestación y fortalecimiento de la ciudadanía requiere de un cada vez más denso trabajo en la producción de información relevante acerca de las causas de las múltiples exclusiones y de la intolerancia y la represión de las diferencias que caracterizan nuestro tiempo. Requiere de un proceso creciente de informatización que recupere el saber vivido y le permita nutrirse de los conocimientos inaccesibles imprescindibles para imaginar nuevos órdenes económicos, políticos y culturales. Las radios populares tienen a su disposición un conjunto de herramientas tecnológicas de las que carecían en otras épocas. Ellas no debieran utilizarse sólo para acceder a mayor diversidad de fuentes informativas o para agilizar la operación técnica de las emisoras. Tienen la posibilidad de ser utilizadas como instrumentos para generar conocimiento pertinente y situado que fortalezca la voz ciudadana, sus demandas y propuestas.

La credibilidad ganada por las emisoras populares, la condición de verdaderas escuelas que ganaron, es sólida base para su conversión en nodos de conocimiento alternativo y calificado. Algo que seguramente necesitará del concurso de múltiples actores a los que ellas están obligadas a nuclear no sólo para reducir brechas, sino para trazar una brecha distintiva respecto de las agendas mediáticas existentes.

Todos esos desafíos, esos retos que asumen las radios populares que buscan hacer visibles las luchas por derechos, las voces que demandan y proponen, serían vanos si no se reconoce otro, de carácter anterior o más general. Las radios son una relación comunicativa, un habla que demanda la escucha, unas palabras y sonidos que se emiten buscando suscitar atención, respuesta, deseos, otras nuevas palabras que se multipliquen en un discurso colectivo. Las radios populares no pueden asumir el reto de ser esos actores político-culturales necesarios para la constitución de una ciudadanía fuerte, con capacidad de intervenir en la dinámica social para producir transformaciones inspiradas en los ideales de justicia y democracia plena, sin aceptar, al mismo tiempo e indisolublemente, el

desafío de ser escuchadas. De construir un espacio de sonoridades que convoquen, que identifiquen, que construyan también en ese terreno alternativas deseables.

El poder, los poderes, también se han afirmado y se siguen sosteniendo a partir de cánones estéticos, de modalidades legitimadas de entretención, de una lógica clasista del gusto, de unas compartimentaciones generacionales de los hábitos. Allí también hay que romper prejuicios, silenciamientos, esquemas. Pero para eso no sólo hay que saber producir; hay que saber escuchar a esos múltiples y variados y variadas otros y otras con quienes se busca construir una palabra adversativa. Una palabra cuya radicalidad no pase fundamentalmente por la originalidad y lo avanzado de las propuestas, sino por su capacidad de producirlas colectivamente.

Lo anterior también supone una tensión permanente porque las emisoras populares enfrentan cotidianamente el límite impuesto por el contexto en que actúan: si no son escuchadas por amplias mayorías no cumplen sus objetivos, pero tampoco los cumplen si se pliegan totalmente a la lógica de ese contexto. Y lo que ellas descubren día a día en la práctica es que, para reiterar lo planteado al comenzar este artículo, no hay modelos o recetas que doten de popularidad alternativa a una emisora. Cada una construye en diálogo con su audiencia estrategias para singularizarse y representar ese espacio de identificación y acción colectiva en función del cual existen. Unas lo hacen desde el trabajo minucioso con la información local que no aparece en los medios adocenados. Otras desde la especificidad cultural de grupos etarios o étnicos. Otras enfrentando las opiniones de los medios hegemónicos con investigaciones profundas y fuentes incontestables. Las hay que buscan en las emisiones on line un modo de alcanzar a los nativos digitales; pero también las que apuestan a los tradicionales métodos de labor presencial en plazas y mercados... Como nunca, en la actualidad, las emisoras se diversifican y particularizan para hacer frente a los procesos de creciente homogeneización pero, además, para dar cuenta de la miríada de voces que deben ser escuchadas para construir una sociedad de iguales. Porque en suma, las radios populares se hacen con el estar y hablar de los sujetos que esas voces constituyen.

Para pensar desde ellas

Aprovechar las enseñanzas que hoy ofrecen las radios populares desde el papel que juegan en la construcción de la ciudadanía, es decir, en las luchas del derecho a tener derechos; aprovechar las enseñanzas que brindan desde los desafíos y compromisos que asumen en ese sentido, es lo que toca desde el campo académico si no queremos, otra vez, despojarlas de la potencia conceptual que les es propia. Por eso éste es un apartado abierto. Un apartado para ser escrito por quienes valoren esas múltiples y heterogéneas prácticas que constituyen el universo de las radios populares, comunitarias y alternativas en su densidad y complejidad. Las pistas están ahí, en el modo en que ellas condensan hoy búsquedas que a mi entender tienen que ver con dimensiones básicas de la comunicación como derecho: el reconocimiento de la alteridad como condición de comunicabilidad; las ideas de agregación, encuentro y diálogo como vectores de las prácticas comunicativas democráticas; el rol mediador y articulador que cabe a medios y profesionales de la comunicación; la necesaria producción de agendas renovadas que permitan una distribución equitativa de la riqueza simbólica en nuestras sociedades.

Las radios populares son algo más que unos medios diferentes, comprometidos y valiosos cultural y políticamente. Las radios populares son una idea de comunicación que contribuye a repensar lo que encierra esa noción y nuestro quehacer.

Bibliografía citada

- AAVV. (2019). Hacer radios cooperativas. Farco, Universidad Nacional de Quilmes, Idelcoop, SPU.http://haceradioscooperativas.redelivre.org.br/files/2019/04/farco_hacerradioscooperativas.pdf&embedded=true
- ALER (1991). La radio popular en América Latina hoy. Documento. Quito: ALER.
- BAUMAN, Zygmunt. (2002). La sociedad sitiada. Buenos Aires: FCE.

- CÓRDOBA, María L. (2011). "Comunicación, Medios y Políticas Públicas. El panorama actual en América Latina - Dossier. La Coalición por una radiodifusión democrática: regeneración del espacio público y ejercicio de ciudadanía". Revista Argumentos. Núm. 13. Buenos Aires: UBA.
- DAGNINO, Evelina. (2006). "Concepciones de la ciudadanía en Brasil: proyectos políticos en disputa" en Cheresky, I. (comp.) Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política, Buenos Aires: Miño y Dávila
- DOYLE, Magdalena. (2017). El derecho a la comunicación de los pueblos originarios. Límites y posibilidades de las reivindicaciones indígenas en relación con el sistema de medios de comunicación en Argentina (Tesis doctoral) Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- FORD, Aníbal. (1999). La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea. Buenos Aires: Norma
- 202
- GARDELLA, Mary Esther (comp.).(2018). Prácticas y saberes de comunicación alternativa. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, UNT.
- GEERTS, Andrés , VAN OEYEN, Víctor. (2001). La radio popular frente al nuevo siglo: estudio de vigencia e incidencia. Quito: ALER
- JAIMES, Diego Martín. (2020). Jóvenes que toman la palabra: radios comunitarias, formación y comunicación popular en la Argentina:2011-2015. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- KEJVAL, Larisa. (2009). Truchas. Los proyectos político-culturales de las radios comunitarias, alternativas y populares. Buenos Aires: Prometeo.
- (2018). Libertad de antena. La identidad política de las radios comunitarias, populares y alternativas argentinas (1983-2015). Buenos Aires: Punto de Encuentro y UNDAV ediciones.

- KÚNCAR, Gridvia y LOZADA, Fernando. (1984), "Emisoras mineras en Bolivia". Chasqui, Revista Latinoamericana de Comunicación N.º 10, abril-junio. Quito: CIESPAL.
- LIZONDO, L. (2015). Comunicación con identidad o comunicación comunitaria. El caso de la fm La Voz Indígena (Tesis de maestría) La Plata: UNLP.
- LÓPEZ VIGIL, José Ignacio. (1984). Radio Pío XII. Una mina de coraje. Quito: ALER.
- MARTÍN BARBERO, Jesús. (1987). De los medios a las mediaciones, México-Barcelona: Gustavo Gilli.
- MATA, María Cristina. (2011). "Comunicación Popular. Continuidades, transformaciones y desafíos". Oficios Terrestres, Año XVII, N° 26. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata
- (2011). "Comunicación y ciudadanía: Dilemas pendientes" en ALEM, B y AMEIGEIRAS, A. (eds). Culturas populares y culturas masivas. Los desafíos actuales a la comunicación. Buenos Aires: Imago Mundi - Universidad Nacional de General Sarmiento
- (2012). De márgenes e incomodidades académicas: La comunicación popular, ese hueso duro de roer, Conferencia pronunciada en el X ENACOM-Fadeccos, Posadas
- (2015). "Los lugares incómodos (o las deudas-desafíos de las carreras de Comunicación)". Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación N.º 129, agosto-noviembre. Quito: CIESPAL.
- MORALES, Susana M. (2020). "Estudios de audiencias y medios comunitarios: apuntes para un reencuentro necesario". Anagramas, Rumbos Y Sentidos De La Comunicación, 18(36). <https://doi.org/10.22395/anqr.v18n36a4>.

RICCAP (2019). Relevamiento de Servicios de Comunicación Audiovisual comunitarios, populares, alternativos, comunitarios y de pueblos originarios, Red interuniversitaria de comunicación comunitaria, popular y alternativa. <https://areacomunicacioncomunitaria.files.wordpress.com/2019/09/riccap-informe-final.pdf>

SCHILLER, Herbert. (1996). *Information Inequality*. Routledge: Londres.

VACA GUTIÉRREZ, Hernando. (2017). *Procesos interactivos mediáticos de Radio Sutatenza con los campesinos de Colombia*. Cali: Universidad Autónoma de Occidente.

VINELLI, Natalia. (2014). *La televisión desde abajo*. Buenos Aires: El topo blindado, Cooperativa El Río Suena.